

tra experiencia en este mundo. Quien pretendiere, pues, representarse á Dios según las impresiones que de los hombres recibe, podría muy bien ser destrozado por las penas que el remordimiento le causara, pero el arrepentimiento sería imposible. Ante una inflexible severidad jamás cederá el hombre; no vive más que para excitarle á la desesperación ó para suscitar su arrogancia. Tal es siempre el resultado de un rigorismo excesivo. Sin la gracia, sin la doctrina y el auxilio de Aquél que nos hizo conocer á Dios como caridad y justicia á la vez, sin Jesucristo, no puede haber arrepentimiento. ¡Qué desdichados son los hombres que no conocen al Dios del Evangelio, padre misericordioso! Hasta les parece imposible el arrepentimiento, única salvación de los hombres. <sup>(1)</sup>

Pero nosotros, los cristianos, conocemos la verdad de que «es mejor caer en las manos de Dios que en las de los hombres». <sup>(2)</sup> Éstos son implacables con los débiles y los inocentes; el Señor, por el contrario, está siempre dispuesto á perdonar á los culpables. «Como un padre tiene compasión de sus hijos, así la tiene Dios de los que le temen. Tan grande como es la distancia que separa el cielo de la tierra, tanto lo es su misericordia». <sup>(3)</sup> Lo mismo que una madre no puede olvidarse de su pequeñuelo, ni dejar de amar al hijo de sus entrañas, así Dios afirmó que no debemos perder la esperanza en la misericordia de su corazón. <sup>(4)</sup> No puede rechazarnos; lo juró. Ningún pecado es tan grande que no le exceda su amor; ninguna malicia tan insondable que no lo sea tanto su gracia; aunque el malvado haya abusado mil veces de su longanimidad, podrá confortarle siempre la idea de haber ofendido á una misericordia infinita; aunque haya empleado toda su vida en ultrajar su bondad, no está perdido aún, si al fin se entrega á ella, porque existe eternamente; y aunque el pecador

(1) Justin., *Cohortatio*, 25.

(2) II Reg., XXIV, 14.

(3) Ps., CII, 11, 13.

(4) Is., XLIX, 15.

se extravíe alejándose de Dios durante años, no cambia la fidelidad de Dios. Como el padre espera en la puerta el regreso de su hijo, así Dios tiende los brazos al hijo pródigo, <sup>(1)</sup> y le llama, y le exhorta y le afirma que lo acogerá con amor cuando vuelva á la casa. Ni espera siquiera la vuelta del fugitivo; corre á su encuentro, y mira si padeció algún daño en su extravío. Le busca por entre las rocas, y en el árido desierto, donde quiera que haya un peligro. Tanta es la angustia de su corazón por la miseria del hijo pródigo, que ni siquiera atiende á que las espinas y las piedras le hieren los pies. Grande es su gozo cuando al fin le encuentra. Ni una palabra dura, ni un reproche; nada más que piedad y caricias. En sus propios hombros conduce al hijo recobrado á la casa paterna. Y entonces hay más júbilo en el cielo por un solo pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no la necesitan. <sup>(2)</sup>

Se comprende muy bien que el arrepentimiento parezca al corazón del pecador, que no conoce á este Dios, una pretensión excesiva; pero es incomprensible que nadie pueda oír tales seguridades, y eximirse, no obstante, de la penitencia. Á la vez constituye una prueba de que hay verdades que se pueden ver, y no verlas, sin embargo; oír y no comprender, <sup>(3)</sup> á menos que no venga en auxilio una fuerza especial que hace fácil lo imposible, es decir, la gracia.

**10. El arrepentimiento como aniquilación de las propias acciones malas.**—Un ejemplo histórico muestra con toda claridad lo que el arrepentimiento exige de nosotros. Cuando el invencible poder de Dios triunfó de Clodoveo y acudió éste al agua bautismal, le dirigió San Remigio estas palabras: «Humilla tu frente, fiero sicambro, quema lo que adoraste y adora lo que has quemado». <sup>(4)</sup>

(1) Is., LXV, 2.

(2) Luc., XV, 4-7.

(3) Matth., XIII, 13.

(4) Gregor. Turon., *Hist., Francor.*, 2, 31. Flodoard., 1, 13.

Tanto exige de quien pecó el precepto del arrepentimiento y de la penitencia. En otros términos, dice á todos: Destruye lo que edificaste y restaura lo que has destruído; odia lo que has amado hasta ahora y ama lo que has aborrecido. <sup>(1)</sup> No han de cambiar en lo sucesivo únicamente los actos exteriores; la enmienda debe ante todo alcanzar al corazón, y desde éste, producir su eficacia en la manera de pensar y de obrar.

¡Exigencia difícil, en verdad! ¡Debo repudiar, omitir, odiar todo aquello á que estaban como adheridas todas las fibras de mi corazón! ¡Debo confesar que cuanto hasta hace poco era mi orgullo, no fué más que una apostasía de mí mismo! Cuando hay niños que casi alcanzaron el fin, yo, próximo á la vejez, habré de empezar á dirigirme hacia él. No obstante, por duro que sea, debo hacerlo. En mi demencia, he destruído la fortaleza de mi corazón; debo restaurarla. He cerrado con fuertes muros mi camino; hay que echarlos abajo.

**11. El mayor y más difícil de los triunfos.**—Gloriosa acción es defender contra el enemigo las murallas y las puertas de la patria; aun es mejor derribar, no obstante la resistencia de los adversarios, los baluartes que levantaron para perturbar nuestra paz; pero es muchísimo más glorioso proteger contra todo ataque la ciudadela de nuestro corazón. Lo que más valor exige es romper los muros de la cárcel en que nosotros mismos nos hemos encerrado. <sup>(2)</sup> Un pueblo que arrasa las fortalezas de que un opresor se vale para arruinar su libertad, consigue un triunfo espléndido; pero el tirano que por sus propias manos las derriba, vence á la tiranía, y consigue una victoria aun más gloriosa, la de vencerse á sí mismo. Alejandro, triunfando de sí mismo, dió una prueba más admirable de su grandeza real, que en el esfuerzo, relativamente pequeño, de vencer á los ejércitos del rey de Persia. <sup>(3)</sup>

(1) Tertull., *Nat.*, 1, 1; *Apolog.*, 1.

(2) Jenofonte, *Agésilau*, 8, 8.

(3) Plutarco, *Alex.*, 21, 3. Jenofonte, *l. cit.*, 10, 2.

Pero sin trabajo y sin lucha ninguna victoria se consigue. Tanto como el triunfar de sí mismo excede en gloria á la derrota de enemigos exteriores, tanto mayores esfuerzos y combates exige; <sup>(1)</sup> no es, por lo tanto, de extrañar que sea tan escaso el número de los que lo obtienen. Hasta hombres que se avergonzarían de pronunciar la palabra miedo, emprenden cobardemente la fuga cuando se trata de acometer la batalla contra sí mismos. Basta recordar al terrible Clodoveo, de que hemos hablado antes. Ningún enemigo resistía á su espada, expugnaba todas las fortalezas; sólo á sí mismo no sabía vencerse, porque le faltaba el valor de intentarlo seriamente.

He ahí, pues, un terreno, en que el hombre más débil puede adquirir más gloria y exceder en verdadero heroísmo á los que más pregone la fama. Pero, gracias al auxilio de Dios, tiene en cada momento la fuerza necesaria para conseguir la más bella de todas las victorias.

**12. Dios hizo al arrepentimiento partícipe de su omnipotencia.**—Únicamente Dios puede perdonar los pecados; pero cedió ese poder al arrepentimiento. Lo que no limpia ninguna agua, ningún fuego purifica, ningún tiempo hace olvidar, lo borra el arrepentimiento en un instante. Lo mismo que el fuego á la cera, funde y disipa al pecado el arrepentimiento, aunque fuese aquél mayor y más antiguo que los montes eternos. Sin su cooperación, hasta es imposible á Dios extinguir nuestro pecado; pero él cambia en un momento el más profundo antagonismo, la hostilidad infinita del pecado, en gracia y amor.

No obstante, el hecho de que el arrepentimiento produzca la gracia, y de que sea verdadero, no se debe á la acción ni al poder humanos, sino que él mismo es efecto de la maravillosa gracia de Dios. <sup>(2)</sup>

(1) Valerio Máximo, 4, 1, 2.

(2) S. Agustín, *Enchirid.*, 22, 82.